

De Fabiola a Fliedner y la primera escuela de enfermería

Sermoneadas y reñidas por capellanes y administradores, menospreciadas por los pagadores, injuriadas por los cirujanos, tiranizadas por las matronas, cubiertas de oprobio por los propios enfermos, insultadas cuando son viejas y feas, tratadas con excesiva familiaridad cuando son de buen ver, seducidas si son jóvenes y bonitas, tales mujeres hacen lo mismo que haría cualquier otra mujer en iguales circunstancias¹.

Una reflexión acerca del arte y oficio de la enfermería indica que se dirige más al enfermo que a complementar el papel del médico y que, a menudo, es autónomo y propio. Consiste en acoger y alojar al enfermo, abrigarlo y asistirlo, alimentarlo –casi amamantarlo– y reúne otros rasgos y exigencias como asear el lecho y al paciente más allá del pudor, acicalar, adornar o aliñar, aleccionar, acompañar, acendrar el alma y animar, alegrar, administrar la medicación, amonestar al doliente dulcemente y adormecerlo confiado. El enfermo suele transformarse psicológicamente en un niño y, por eso, la enfermera es su aya y nodriza. Por lo mismo la enfermería es básicamente un arte que parece corresponder a ciertas virtudes que se consideran femeninas, pero ciertamente la compasión no es exclusiva de un “género” (en la literatura médica actual aparece a menudo la palabra *género* por *sexo*, como si *sexo* fuera algo obsceno o machista; género es un término equívoco que se aplica a la poesía, la novela, el teatro, la pintura, la música, a un grupo de especies biológicas afines y a los nombres gramaticales; en la gramática española se reconocen cinco –femenino, masculino, común, neutro y epiceno). Pero no sólo virtudes y funciones hacen la profesionalidad de la enfermería; ser enfermera exige además una esmerada formación acorde con las especialidades médicas modernas, que se adquiere en el nivel de estudios terciarios o la universidad y que permite el desempeño en múltiples situaciones y requerimientos.

Una cosa resulta clara; si se plantea la pregunta del origen de la enfermería hay que convenir que ésta está relacionada con el desarrollo histórico de los hospitales o, más bien con la atención pública de enfermos. Tal origen parece estar en la República Romana, la Roma *iatrofóbica*, donde en el 292 a.C., en la Isla Tiberina, recalcó durante una epidemia una serpiente salida de una nave griega que traía una misión médica de Epidauró; allí se fundó el primer albergue para enfermos. Hospital significa etimológicamente albergue. La isla se llamó *de Esculapio* y cambió de nombre cuando Roma se cristianizó por Isla de San Bartolomé. Sería el primer hospital.

Esta historia es seguramente una leyenda, pero lo cierto es que los romanos tuvieron instituciones públicas para alojar enfermos y heridos. Primero, como puestos sanitarios militares para heridos en las campañas, en sitios que se transformaron luego en poblaciones a medida que se amplió la conquista y la presencia romana se alejó de Italia. Estas poblaciones se concentraron en el *limes*, las fronteras, a lo largo del Rin y del Danubio².

Los puestos sanitarios de las legiones se denominaron *valetudinaria*, enfermerías; y hubo allí, si no médicos, algo aproximado a un servicio de enfermería. Hubo luego servicios de asistencia similares para gladiadores, atletas, esclavos y, finalmente, para los desvalidos. Seguramente no fue éste el apor-

te más importante de Roma a la salud pública; el genio latino creó acueductos y cloacas, mucho más eficaces para preservar la salud.

Los que atendían esos servicios se llamaron *frictores* - masajistas - *unguentarii* - perfumadores, y *vulnerarii*, algo así como cirujanos. Galeno fue un *vulnerarium*; hubo también *levatrici* –expertos en tratar el dolor– *accensi* –reemplazantes– y *optiores* – subdirectores. En las bases militares a los enfermeros soldados se los llamaba *contubernalis*.

Cuando Roma se cristianizó la asistencia dejó de ser oficial y fueron los sacerdotes los que se dedicaron piadosamente a los enfermos. En el siglo II San Giacomo redactó una carta pastoral en la que puntualizaba que si un cristiano enfermaba se debía notificar a los presbíteros o a los diáconos y diaconesas para que fuera visitado y se informara al obispo el domingo siguiente. Con el tiempo y por recomendación del Concilio de Nicea (325) se edificaron albergues a lo largo de las rutas de peregrinación a Tierra Santa. El hospital de Cesárea se fundó en el 370³.

La historia de Fabiola es muy ilustrativa. Una rica patricia romana, cristiana, perteneciente a la *gens Fabia*, fue casada muy joven con un hombre mayor, disoluto y adúltero. Fabiola se divorció según la ley romana y volvió a casarse mientras el primer marido vivía aún. Siendo una cristiana notable fué censurada desde el púlpito por San Jerónimo. Cuando su segundo marido murió vistió ropas de penitente y se humilló en el pórtico de la basílica de Letrán, lo que conmovió a los fieles. El papa San Sírigo la dispensó y volvió a comulgar. Dedicó su fortuna a la caridad y a establecer un hospital en Roma, donde se supone que cuidó personalmente a los pacientes y se incorporó a un círculo de mujeres piadosas alrededor de San Jerónimo. Cuando éste se trasladó a Jerusalem lo visitó e intentó dedicar su vida a la oración y a la contemplación, a las devociones solitarias. Se incorporó a un convento, en Belén, dirigido por Santa Paula; no es claro por qué lo abandonó. Decía San Jerónimo que la idea de soledad de Fabiola se comparaba a la de vivir en una taberna colmada de viandantes. Su retorno a Roma coincidió con la huida de San Jerónimo a Jafa por su conflicto con el obispo Juan de Jerusalem, respecto de las enseñanzas de Orígenes. También, por ese entonces, los hunos hacían incursiones en las provincias orientales del Imperio. Ya en Roma proveyó los fondos para fundar un nuevo hospital en Ostia junto con San Pammachio (¿Pamacio?), yerno de Santa Paula que había enviudado y tomado los hábitos. Fabiola murió en 399 y su funeral fue un acontecimiento en Roma. San Jerónimo escribió su elogio en el tratado *Sobre el sacerdocio de Aarón*, y en una carta a Oceanus, un deudo. Fue canonizada y reconocida como patrona de los matrimonios difíciles, de los divorciados, de los abusados, de las víctimas de adulterio e infidelidad y de las viudas. No es patrona de la enfermería^{3, 4}.

San Basilio, obispo de Cesárea, creó un hospicio a fines del siglo VI donde prestaron servicio las diaconesas, primera posible referencia a la enfermería femenina.

San Benito de Nursia, fundador de la docta Orden de los Benedictinos, estableció enfermerías en los monasterios de Montecasino en 509, Subisa y Salerno; en este último monasterio tuvo origen la famosa escuela médica salernitana.

Sería interminable seguir la fundación de hospitales y monasterios por toda Europa; nos dice muy poco de la atención y de la enfermería. Por otra parte las reglas monásticas permitían que la voluntad de abades y abadesas prevaleciera sobre las constituciones de las órdenes. La labor en los hospitales monacales llegó a ocupar gran parte de la actividad monástica; las reformas cluniacense y, sobre todo, cistercense, intentan volver a la regla benedictina original. Los Concilios de Clermont de 1130 y de Letrán de 1139 restringieron las prácticas médicas por los clérigos. El papa Inocencio III simplemente las prohibió. Pero la actividad médica de los monasterios persistió. Alejandro III amenazó con la excomunión a los miembros de las órdenes que infringieran esta disposición. En 1163 el Edicto de Tours declaró que *Ecclesia abhorret sanguinem* con lo que las prácticas quirúrgicas fueron abandonadas y

tomadas por barberos, sacamuelas e ignorantes. Las pobres condiciones de vida y la falta de higiene en la época de las Cruzadas hicieron difundir la enfermedad y el hambre; se multiplicaron los hospitales y fueron laicos, en gran parte mal preparados, los que se ocuparon del cuidado de los pacientes, a pesar de la equívoca actuación de los Templarios y la Orden del Hospital de San Juan, que eran a la vez hospitalarios y militares.

No obstante, nuevas órdenes hospitalarias siguieron administrando y atendiendo pacientes en la alta Edad Media, el Renacimiento y los Tiempos Modernos. Europa se vió asolada por la peste y nuevos hospitales de nuevas órdenes aparecen en Europa e incluso en América, como las instituciones fundadas por los Caballeros de Malta y la Orden Teutónica, que más tarde se hicieron exclusivamente militares, la Hermandad de San Juan de Dios, San Camilo de Lellis, los Hermanos del Espíritu Santo, las Hermanas Agustianas que fundaron el *Hotel-Dieu* de París, los Terciarios Franciscanos, la Orden de San Vicente de Paul y muchas otras^{5, 6}.

Desde los siglos XII y XIII, con el crecimiento de las ciudades y formación de la burguesía, las Universidades fueron abriendo, penosamente y con muchos yerros y desvíos, el camino de una nueva medicina que floreció recién en los siglos XVIII y XIX. El concepto del siglo V de San Agustín: "Toda enfermedad de los cristianos debe adscribirse a demonios que atormentan sobre todo a los recién bautizados; sí, aun los inocentes recién nacidos", se abandonó, y la idea de enfermedad volvió al concepto natural hipocrático⁷.

Pero la enfermería no estuvo a la altura de los tiempos nuevos. A partir de 1690 las órdenes de caridad desaparecieron de los países protestantes y la enfermería, ejercida sobre todo por mujeres, se transformó en una profesión subalterna y los enfermos fueron abandonados en manos mercenarias, reclutadas en los más bajos estratos de la sociedad.

La reforma de la enfermería comenzó en Kaiserswert y fue llevada a cabo por Theodor Fliedner (1800-1864), nacido en Eppstein, cerca de Wiesbaden y muerto en Kaiserswert. Nombrado pastor en esta pequeña ciudad sobre el Rin, predominantemente católica, y ante la carencia de recursos viajó a las ricas Holanda e Inglaterra en busca de limosnas para edificar una iglesia y escuelas.

La revolución industrial había traído como secuela la concentración de la población urbana en tugurios y había forzado a trabajar a pobres y niños incluso, en horarios abusivos, lo que impedía el desarrollo normal y la educación, recibiendo sueldos irrisorios. Fliedner conoció en Londres a Elizabeth Fry (1780-1845) que se dedicaba a asistir a las mujeres encarceladas por robos menores, prostitución, alcoholismo o vagancia y a reorientar sus vidas procurándoles alguna ocupación digna. De vuelta a Alemania y en un cobertizo del jardín pastoral creó un refugio físico y espiritual para sus propias "aves enjauladas". Con la ayuda de su devota esposa, Friederike Münster (1800-1842), instruyó a estas mujeres en la atención de los enfermos pobres y concibió un cuerpo especializado de mujeres entrenadas en enfermería. Esto sucedía en 1833 y en 1836, ante el notable resultado de su ensayo, y con el aporte del gobierno prusiano, fundó un pequeño hospital en Kaiserswert y una escuela de enfermería. (Renania había formado parte durante un tiempo del Estado napoleónico de Westfalia y se había "contaminado" con el concepto de los Derechos del Hombre). En este hospital seis mujeres jóvenes, irreprochables, sirvieron como Diaconesas que fueron instruidas por los médicos. Las Diaconesas constituían una orden secular, vivían en sus casas, podían casarse y hacían un voto por un año. Usaban el hábito de las "mujeres casadas", una cofia particular. El carácter religioso formó parte de su entrenamiento, lo que no era de manera alguna superfluo; la compasión puede ser el término mundano para la piadosa caridad. Además de enfermería recibían instrucción en tareas domésticas, cuidado de niños y convalecientes. Las escuelas de Diaconesas se difundieron por toda Europa, e incluso en Palestina, Turquía y en los Estados Unidos. Otras organizaciones tomaron su ejemplo. En 1840, Elizabeth Fry visitó el estableci-

miento y a su retorno a Inglaterra fundó un Instituto de Hermanas Enfermeras en el Guy's Hospital. En 1850 Florence Nightingale (1820-1910) pasó una quincena con las Diaconesas; al año siguiente hizo un curso regular y aprobó el examen habilitante, junto con otras 200 alumnas.

No fue ésta la única obra de Fliedner: creó además un asilo de ancianos y un asilo para lunáticas, fundó una escuela pública y un colegio de maestros. Existe en Kaiserswert una Asociación de Diaconesas y el hospital se llama hoy Florence Nightingale^{8, 9}.

Atilio Serafini, Samuel Finkielman

Instituto de Investigaciones Médicas Alfredo Lanari,
Facultad de Medicina, Universidad de Buenos Aires

director@lanari.fmed.uba.ar

1. Anónimo. Editorial en The Times (London 15/4/1857). Citado en Walker K. Historia de la Medicina, Trad. Jacinto Corbella (corregida). Barcelona: Credsá, 1966, p 202.
2. Robinson, V. La medicina en la historia. Buenos Aires: Tridente, 1947, p 81.
3. Castiglione A. Storia della medicina. Milano: Mondadori, 1936, p 212.
4. Enciclopedia Italiana de Scienze, Lettere e Arti Instituto de la Enciclopedia Italiana, Roma, 1949. Artículo enfermería.
5. <http://www.catholic-forum.com>
6. <http://www.newadvent.com>
7. Calder R. Medicine and man. New York: Mentor, 1958, p 81.
8. Singer C, Ashworth Underwood E. A short story of medicine. New York: Oxford University Press, 1962, p 701.
9. <http://www.countryjoe.com>

If a little knowledge is dangerous, where is the man who has so much as to be out of danger?

Si poca ciencia es peligrosa, ¿quién es el hombre que tiene tanta que puede presumir estar fuera de peligro?

Thomas Henry Huxley (1825-1895)

Science and culture: on elementary instruction in physiology